

El giro radical de Irán

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 18.10.09

Desde las elecciones presidenciales del 12 de junio, el régimen islamista de Irán vive un proceso de agravamiento del radicalismo fundamentalista religioso. La reelección del presidente Ahmadineyad, según un escrutinio de las papeletas de más que dudosa legalidad, provocó una reacción popular en contra. El país, desde entonces, ha vivido bajo el efecto de repetidas manifestaciones sistemática y duramente reprimidas. Ha salido a la luz una doble fractura. La de una inusitada protesta popular masiva de descontento respecto al integrismo oscurantista del régimen. Y la de los sectores moderados de este, convencidos de la necesidad de reformas que acerquen al régimen a la realidad de la sociedad iraní y a las necesidades del país en la normalización y apertura hacia el exterior.

La dureza y constancia represivas están consiguiendo reforzar los recursos del poder. Por ahora parece seriamente debilitado el movimiento de protesta, tanto en las calles como en las filas discrepantes dentro del mismo régimen. Y así se está llegando a una situación de ahogo de toda posibilidad de apertura. Precisamente cuando la sospecha de que Irán quiere dotarse de armas nucleares es cada vez más creíble. Existe, pues, una doble alarma. Sobre todo en una región del mundo donde las guerras de Afganistán e Iraq, el aumento del terrorismo talibán en Pakistán y la perduración sin remedio del conflicto palestino son motivo de un peligroso desequilibrio.

En estos dos aspectos hay progresivas señales de agravamiento.

Está en curso un macroproceso contra supuestos responsables de las manifestaciones de protesta, en el cual no han faltado las confesiones de autoinculpación a la manera de los famosos juicios estalinistas de los años treinta del siglo pasado. Y el día 8 ya se anunciaron tres condenas a la pena capital. De momento se trata de declarados opositores al régimen. Pero entre los enjuiciados hay gente reformista dentro de este. Varios de ellos cercanos a personalidades de mucho peso como los ayatolás Jatami y Rafsanyani. ¿Es un aviso o un cerco progresivo? Que puede ser así lo revela que la fiscalía general haya apuntado ya a la figura del ayatolá Karrubi, uno de los candidatos oponentes a Ahmadineyad en las elecciones de junio, que había llegado a presidir el Parlamento iraní.

Está en curso un endurecimiento del régimen, de la presidencia en la persona de Ahmadineyad y los Guardianes de la Revolución, que recientemente han engrosado sus innumerables propiedades con los servicios telefónicos, amén de disponer de una fuerza militar casi superior a la del ejército. Es un giro ultraconservador, apoyado por la máxima instancia del Estado, el guía supremo, Ali Jamenei, a cuyo juicio "oponerse al régimen en sus fundamentos, levantarse y blandir la espada en su contra recibirá una dura respuesta". Una respuesta que ha entrado en rígido cumplimiento con la práctica ruptura del relativo sistema de equilibrio de poderes, inclinado actualmente a favor de los Guardianes de la Revolución, la presidencia y los sectores más radicales de la clerecía chií.

Así, el Irán necesitado de desmontar el anacrónico aparato del Estado fundamentalista opta, a la inversa, por la vuelta a los días de la revolución islamista del ayatolá Jomeini, cuando la sociedad en gran

parte exige ponerse al día en el camino hacia la libertad. Si fue generalizada la revuelta contra la monarquía opresora del sha en febrero de 1979, ahora hasta el hijo de Jomeini disiente de quienes en su nombre usan los mismos métodos represivos de la monarquía depuesta.

Y la pregunta es si el golpe desde arriba de Ahmadineyad y sus partidarios comenzó con el probable falseamiento en los comicios que le dieron la victoria frente a las candidaturas reformistas de Musavi y Karrubi o se les pretende ahogar políticamente después, amparándose en la denuncia de que fueron instigadores de la protesta popular posterior.

El país entra con estos interrogantes en un periodo de tensión entre la decepción de los que parecen destinados a perder la partida, a su sometimiento y silencio, y la prepotencia de quienes la han ganado haciendo uso de la fuerza y la violencia. Una quebradura que reforzará todavía más el integrismo y el ultranacionalismo en el poder. Así, se prodigan las muestras de fuerza militar mediante el lanzamiento de misiles capaces de alcanzar a los reinos del golfo Pérsico, Egipto y Europa y se mantuvo en secreto la existencia de una planta nuclear en las cercanías de la ciudad santa de Qom.

En este enrarecido ambiente, la presión internacional para evitar una escalada nuclear se encuentra paralizada por la táctica dilatoria de Teherán, que las reticencias de China y Rusia abonan. La última, explicitada durante la visita reciente de la secretaria de Estado norteamericana, Hillary Clinton, a Moscú, donde se le dijo que la aplicación de sanciones, amenazas y presiones sería contraproducente en la situación actual. La revolución islámica entra así en un camino poco tranquilizador en el marco internacional de una cambiante relación de

fuerzas, en el cual potencias emergentes como China y Rusia ponen por delante sus intereses económicos, políticos y estratégicos. Suma de prioridades en la cual no entra ciertamente la defensa de la libertad y de los derechos humanos.